

## No Todos los Muertos se Cuentan Igual

Alfredo Acle Tomasini©

La barbarie es una sinrazón para la humanidad. Pero la barbarie es la justificación de los hombres sin razón. Por eso cuando sus efectos se ven desde la perspectiva del ser humano, nos unimos como semejantes en el horror y la compasión ante el sufrimiento del prójimo; no importan raza, credo o nacionalidad. Somos todos una sola especie. En cambio, cuando el sentimiento humanista es desplazado por intereses políticos y materiales, entonces ni muertos, ni culpables se cuentan igual.

Es Septiembre un mes donde la barbarie ha dejado huella en la historia reciente. El día once recordamos el año de 1973, cuando el golpe de Estado en Chile y su cruenta estela de muerte y exilio alcanzó a miles de sus ciudadanos. En un hecho irónico, ese mismo día marcará para siempre a los Estados Unidos, pues en un acto brutal, también planeado en parte fuera de su territorio, el año pasado sucumbieron miles de sus habitantes. El día 18 tocó el turno a Sabra y Chatila, áreas cercanas a Beirut donde en 1982 más de un millar de civiles Palestinos fueron masacrados.

Quienes en esos actos perecieron eran personas inocentes. Su nacionalidad, sus ideas o simplemente su ubicación hicieron que algunos los condenaran a morir sin ni siquiera conocerlos. Sus vidas quedaron trucas y sus sueños frustrados. Existencias incompletas y traumáticas para quienes los sobrevivieron y, que en su gran mayoría, no pudieron cerrar el ciclo vital y darles sepultura. Se fueron o, se los llevaron. Jamás regresaron. Ni al menos un adiós. Ni al menos la oportunidad de atestiguar su último aliento.

Curiosamente el terrorismo, nos acerca más a la muerte que a la vida. El deseo de matar puede, como en el caso de los suicidas Palestinos, superar al deseo de vivir. En la revancha el enemigo no es humano, es sólo un número a incrementar. El fin justifica los medios y lo que en los ojos del supuesto agresor se verán como grandes vigas, en los del agraviado, apenas serán pequeñas pajas. A una tragedia se sumarán otras nuevas, que alimentarán un círculo perverso.

En ese contexto y haciendo un hábil uso de los medios de comunicación masiva como caja de resonancia, los políticos de los países y grupos beligerantes van creando una atmósfera similar a la de una película de acción, donde las emociones se transforman en la medida que la trama se desarrolla a partir de imágenes escalofriantes. Y así, como el cine casero hace posible que ciudadanos pacíficos y responsables, deseen con vehemencia un final doloroso y mortal para el villano, también se les puede inducir a que apoyen una guerra, sin entender historia, ni contexto y menos aún sin considerar, que ese nuevo acto bélico, lastimará a seres tan comunes y corrientes como ellos, de una a tal manera tal, que a ellos mismos les daría un terror inaudito.

Por eso la tragedia más grande de la barbarie, sea ésta originada por ejércitos regulares o por combatientes de cualquier causa, no sólo se limita a la pérdida de vidas inocentes, sino al hecho de que en la búsqueda de la revancha, las sociedades se deshumanicen y

embrutezcan, al suponer que será la violencia lo que permita poner el punto final y definir al ganador.

Contrastan los recursos, la energía y la furia de la venganza con la parsimonia que se emplea para comprender y resolver las razones de fondo que inspiran la violencia. El dinero usado en un par de meses por los países aliados en la campaña de Afganistán, rebasa lo que de esas naciones ha recibido por muchos años el pueblo Afgano, para mejorar su nivel de vida.

Pero en el ánimo de la revancha la inteligencia se opaca y la memoria se desvanece. Prevalece la búsqueda del culpable antes que las razones que éste explotó para su beneficio. Peor aún, se descalifica a quienes abogan por una acción que no sea la violenta. Se llega incluso a señalarlos como traidores e insensibles. Sin embargo, buscar las causas de la violencia y el terror no implica justificarla y, menos aún, no sentirse solidarios con el sufrimiento. Por el contrario, el fin primordial debe ser evitarlo atendiendo a sus orígenes más que a sus consecuencias. La importancia de los muertos no radica en su país de origen, sino en que fueron parte de la humanidad. Quizá su nacionalidad, religión o raza los hacía en vida diferentes, pero esos rasgos nunca eliminaron su naturaleza humana. Por eso es que todos los que mueren víctimas de la violencia – todos - cuentan igual.